

Enseñar a Colombia

Por: Juan Camilo Aljuri Pimiento

Publicado originalmente el 20 de julio de 2021 en fmyc.org

La diversidad que compone a Colombia es el motivo de orgullo que todos debemos conocer y, sin embargo, lo es por razones diferentes a las que nos enseña la educación tradicional.

Hoy, 20 de julio, recuerdo que cuando era muy chico, las clases de geografía en el colegio se dedicaban a hacernos calcar mapas con papel mantequilla, para luego rellenar con colores, dejando las fronteras muy claras. A estos mapas, seguía el ejercicio memorístico de aprenderse las capitales de países que ahora no existen y cuyas historias contienen tristezas inmensas.

Cuando se hablaba de Colombia en esa clase, recuerdo cómo la profesora insistía en lo increíble que es Colombia, en particular porque posee todos los pisos térmicos: desde el más cálido hasta las nieves perpetuas (que de grande vi con mis ojos, no lo eran). Esa diversidad implicaba que teníamos plantas y animales de muchísimos tipos y sentía una tristeza por otros países más planos que seguramente no tendrían tanto, ni tan diferente en sus territorios.

Un poco más grande, la clase de geografía desaparecía y se gestaba la de historia. Nunca olvidaré los relatos de un mundo oscurecido por la religión católica, que encontró la luz en Italia porque se inventaron la perspectiva en la pintura, para luego dar paso a una nueva oscuridad, venida al mundo por el humo de las industrias que, sin quererlo, trajeron una nueva luz: la idea de que todos los hombres (porque en esa época no se hablaba de las mujeres) eran iguales.

Colombia fue una nota al pie de esta clase. Claro que nos contaron sobre unos habitantes que fueron encontrados por Colón y sus secuaces. Los mismos que fueron evangelizados y cuya historia se diluye en las luchas de otros personajes, hijos de colonos que buscaron la libertad. Pero esta historia también era mentirosa y el profe nunca cantó, como ellos, “¡Qué viva el Rey, abajo el mal gobierno!”

Aunque obvio, el señor en algunos momentos mencionaba con sequedad la consigna de la recién publicada Constitución: “El Estado reconoce y protege la diversidad étnica y cultural de la Nación colombiana.” Pero no se tomó la delicadeza de explicar esa diversidad, ni lo que implicó en nuestra historia y para nuestro desarrollo.

El colegio no fue el lugar para comprender las complejidades de nuestro pasado común y este tema ha sido una obsesión mía en los últimos años: cómo ser comprensivos al explicar la historia de Colombia, sabiendo los límites que implica el colegio y el público y sus edades. Pero ese seguirá siendo un tema para otra oportunidad.

Colombia es efectivamente un país diverso y esa multiplicidad de condiciones terrenales no siempre ha favorecido las condiciones de desarrollo de la Nación. Comprender que las montañas

son bellas y merecen cuidado pero que también implican un reto a la hora de construir vías de comunicación, es clave. Y así con todos los pisos térmicos.

Que Colombia sea el hogar de comunidades étnicas es más que un reconocimiento a un pasado prístino del que nos enamoran relatos cosmogónicos. Es a la vez un reto sobre el reconocimiento de sus derechos y la protección de estos, tema en el que avanzamos y retrocedemos constantemente, como si se nos olvidara su existencia mientras alguna artesanía reposa en nuestros hogares.

Hay un vacío inmenso a la hora de enseñar a los niños y niñas lo que es y ha sido Colombia. A veces creo que tiene que ver con el orgullo patrio con el que queremos narrar el pasado, seleccionando con pinzas qué contar y qué no, resaltando las “victorias” que tenemos, como esa noción idealizada de nuestra diversidad.

En otros momentos, siento puede ser porque se subestima a los y las estudiantes, como si no debieran comprender que nuestro pasado no ha sido uno de glorias y orgullos, sino más bien, uno de luchas y búsquedas de igualdad y reconocimiento en el que aún hoy, vamos mal. Esa protección a la que los sometemos puede ser más perjudicial que comenzar a comprender un mundo más real.

Tal vez un cambio de narrativa a una más realista nos podría comenzar a formar como ciudadanos activos, atentos de la realidad del país, conscientes de las diferencias que existen entre las personas de los diferentes territorios y sus necesidades. Así, podemos también comenzar a celebrar un país común que tenemos pero en el que vivimos de maneras tan diferentes, como hoy, 20 de julio, en una coyuntura de marchas y protestas.